

Vendimias de tinieblas*

Hay algo fuera de toda discusión: el llamado Proceso de Reorganización Nacional se inició sin un programa educacional y cultural. Todos sus designios al respecto se encaminaron a combatir la acción de los extremismos que se habían aposentado en las altas casas de estudios y en determinados sectores de la vida cultural, en los que rápidamente se restableció la normalidad. Una paz varsoviana que pareció un fin en sí misma. Pues más allá de eso no se avanzó. Lo que vino a continuación fue una sucesión, que no ha terminado y lleva camino de no terminar jamás, de improvisaciones, marchas y contramarchas. Testimonio elocuente de esto ha sido el frecuente cambio de titulares de la cartera de Cultura y Educación de la Nación.

Cada nuevo ministro trajo, con su propio «equipo», su propio plan que debía restablecer el esplendor de la cultura y la educación argentina, en su tiempo orgullo de América Latina y motivo de respetuosa admiración en el resto del mundo. Cada nuevo ministro representó una nueva frustración. Los resultados están a la vista: nunca se ha descendido tanto en el nivel académico de las universidades, y pocas veces la cultura se ha desenvuelto en tamaño desamparo (situación agravada por un clima inextinguible de caza de brujas e intolerancia que ha distorsionado totalmente uno de los ámbitos del quehacer nacional que había honrado largamente a los argentinos).

El año que se clausura no solamente ha prolongado en el tiempo la incertidumbre y la incoherencia que han

sido los rasgos distintivos de este casi lustro de Proceso, sino que ha agravado en todos los órdenes sus características negativas. Al limitacionismo de los exámenes de ingreso en las universidades, se suma ahora el establecimiento del arancelamiento, con lo cual la acosada economía de los hogares pertenecientes al sector socio-económico de ingresos fijos afronta la grave perspectiva de ver clausuradas las posibilidades de que sus hijos prosigan sus estudios en el nivel terciario.

Paralelamente, en el nivel secundario se avizora ahora la amenaza de la transferencia de los institutos secundarios de la nación a jurisdicción provincial, con lo cual los servicios que prestan a la comunidad, se verán colocados en serio riesgo, en razón de que las provincias carecen del margen económico de maniobra suficiente para absorber esta nueva carga. (Debe recordarse que ya pesan sobre ellas las transferencias de las escuelas primarias, de un elevado porcentaje de rutas, de diques y otras obras civiles, de establecimientos asistenciales y, en poco tiempo más, de los servicios sanitarios. Y, por si fuera poco, en el afiebrado intento por reducir el inconmensurable déficit nacional, se les impondría una nueva contribución monetaria para tratar de equilibrar de alguna manera el insondable desfasaje del balance del poder central).

Se avanza hacia un desembozado elitismo, que se apuntala en un censurable criterio de subsidiariedad del Estado, que paulatinamente colocará a la enseñanza, en todos sus estratos, en manos de la actividad privada, con la consiguiente fijación de aranceles desde el prejardín hasta el posgrado. No es un exceso de pesimismo, sino un simple ejercicio de proyectar hacia el futuro las pautas de una actualidad harto conflictiva.

A este ataque frontal que se desencadena desde el flanco específicamente económico, se añade el que proviene desde los ámbitos más oscuros de los despachos ministeriales, en los que parecieran haberse aposentado las expresiones más inconcebibles de la regresión. Las bibliografías son sometidas a una asfixiante inquisición y no es de extrañar que se encuentren elementos sediciosos hasta

* Artículo aparecido sin firma en La Voz del Interior (Córdoba), en el suplemento extraordinario del 21 de diciembre de 1980. En ese tiempo dirigía el periódico Adelmo R. Montenegro.

en *El Principito*, para vergüenza de nuestro país en el concierto de las naciones intelectualmente maduras (per-tenecíamos a ella y vamos en camino de dejar de serlo). Hay tanta improvisación en este incontrolado escrutinio de libros que llegan a incluirse entre las obras recomendadas a autores que están ubicados ideológicamente en posiciones absolutamente antagónicas de las que profesan quienes offician de escrutadores. Por caso, la recomendación de *De Rosas a Mitre*, de Milcíades Peña, de orientación trotskista, sorprendentemente incorporada a las nóminas oficiales y vertiginosamente eliminada en un episodio que retrata fiel y lamentablemente un estilo de conducción (más apropiadamente, de desgobierno) que lesiona a la reconocida inteligencia de los argentinos.

Hay orden en las universidades, hay orden en sus aulas, pero hay desorden en su misión y esto lastima a toda una generación de jóvenes.

En el ámbito de la cultura, no es menos desdichado el panorama. La estrechez de miras de los burócratas que en el Palacio de Hacienda confeccionan los presupuestos ha cercenado hasta límites asfixiantes la tarea de promoción y difusión que tradicionalmente debe desarrollar el ministerio específico del Poder Ejecutivo Nacional. La carencia de estímulos que se padece en nuestro país impulsa a los más capaces a emigrar, buscando en otras regiones del continente y, sobre todo, del Viejo Mundo, las oportunidades para mejor desarrollar sus potencialidades.

La vejatoria pensión vitalicia que perciben los ganadores de Premios Nacionales de Literatura ejemplifica mejor que cualquier otro dato de esta realidad lacerante, el total desconcepto en que se tiene a la actividad creativa, tanto en las letras como en los otros órdenes del quehacer artístico. En ese contexto, no puede extrañar que los años se sucedan a los años sin aportar el surgimiento de nuevos valores, pues el desaliento neutraliza la capacidad creativa de quienes optan por permanecer en el país y luchan contra la orfandad en un combate desgastante.

Sin integrar la jurisdicción que, por organigrama, compete al Ministerio de Cultura y Educación, los organismos censores que actúan en la ciudad de Buenos Aires han proporcionado incesantes demostraciones de intolerancia intelectual y moral que se constituyeron, por sí mismas, en escándalo. Publicaciones de todo tipo y filmes de toda índole han sido prohibidos o mutilados, infiriéndose a

una comunidad intelectual y moralmente sana reiterados agravios. Amén de vulnerarse principios básicos del federalismo, pues desde despachos bonaerenses se dictaminaba, con incuestionada arbitrariedad, qué y cómo podían leer los argentinos del interior.

Cultural y educativamente, 1980 fue un año oscuro. Sus vendimias de sombras, sugieren —a menos que se produzca en la nueva etapa de este Proceso un cambio fundamental— nuevas cosechas de tinieblas.

Un oscuro país

Las piezas agrupadas bajo este título fueron escritas durante los peores años de la dictadura militar. Se publicaron, en cambio, por primera vez cuando su poder languidecía.

Como se verá, en cada una de ellas, se abordan diferentes aspectos de la vida argentina de aquellos momentos, pero todas comparten la tensión y la inquietud de un mismo origen.

No introduje, en esta recopilación, cambios que alterasen las versiones originales. Cada ensayo sigue diciendo lo que dijo en su momento, y del modo como lo dijo.

La fecha que figura al final de cada trabajo indica el momento en que se lo difundió por primera vez.

Una cultura de catacumbas

A fines de 1975 renuncié a la cátedra universitaria.

En mi casa abrí un centro de estudios privados donde la relativa precariedad de recursos de infraestructura se veía compensada por una considerable libertad expositiva. Consuelo que no es pequeño para quienes en la Argentina hemos decidido seguir enseñando fuera del ámbito universitario.

Organicé dos programas: uno de filosofía del arte y otro de sociología de la literatura, que desarrollé paralelamente al trabajo con jóvenes escritores, a propósito de sus propias obras.

Un año bastó para que me viera convertido, como tantos otros intelectuales, entre los que se cuentan psicólogos, antropólogos, historiadores, psicoanalistas y sociólogos, en un portavoz más de lo que propongo llamar «cultura de catacumbas».

Designo así el trabajo creador que no tiene marco institucional: florece (y muchas veces se marchita) fuera de las universidades, lejos de los poderosos medios de comunicación masiva; desconoce los atributos del debate abierto y toda clase de apoyo académico o aliento oficial. Inversamente, se nutre del contacto en pequeños grupos, de la polémica a media voz, de la pasión por la verdad y la discusión entre cuatro paredes.

Argumentalmente, distingue a la cultura de catacumbas la reflexión sustentada por diversos ideales. La convicción más general que los vertebral es la de que la realidad nacional debe ser un campo de indagaciones críticas, no de afirmaciones dogmáticas. Los que habitamos las catacumbas de la cultura argentina concebimos el país como una tarea. No como el escenario de aplicación de definiciones apriorísticas acerca de qué sea o convenga que sea «el ser nacional», la historia, la tradición y el presente. Entendemos que no puede haber cultura, en sentido cabal, donde no se hace explícita la función de la ideología en la creación de valores, las alternativas de las luchas sectoriales en la constitución de nuestra identidad, la incidencia de los procesos sociopolíticos en la orientación estética de público y artistas, el papel de la dependencia económica en la vertebración del cuerpo comunitario y en la conformación espiritual de nuestra condición latinoamericana.

Los postulados de la cultura de catacumbas se caracterizan, además, por su alto grado de tolerancia a la complejidad que en el presente revisten los fenómenos estudiados y, en consecuencia, por un concepto de verdad que no puede crecer de espaldas a ella. Tales fenómenos abarcan, como queda dicho, el espectro total de manifestaciones sociales que conforman la vida cultural argentina. Sin embargo, el cuerpo de investigadores y estudiosos que se ocupa de él está lejos de integrar una unidad institucional o una corporación formal de trabajadores intelectuales. Somos hombres y mujeres que vamos aprendiendo a reconocernos en el transcurso del tiempo sobre la base de tres características mínimas: a) casi todos somos ex-docentes universitarios; b) todos nos dedicamos a alguna forma de enseñanza privada que nos mantiene en contacto con los problemas que nos importan; c) todos creemos que debemos proseguir, de una u otra manera, nuestra labor creadora, porque en esa resistencia al avasallamiento padecido vemos no sólo una forma de derrotar el desaliento, sino también de preservar el espíritu crítico y el don de la convivencia. En este último sentido, vale la pena aclarar que no se trata de mantener «en conserva» una cultura heredada de tiempos menos desventurados que los que corren, a la manera de quien preserva una reliquia fascinante e inútil. Se trata, en cambio, de partir de las conquistas logradas en aquellos momentos hacia una comprensión, lo mejor fundada que sea posible, de los rasgos totalitarios del sistema en que vivimos, a fin de intentar extraer de esa comprensión nociones que nos ayuden a entender cómo hemos venido a parar a donde hoy estamos y cómo podríamos, con suerte y paciencia, contribuir a que un día las cosas cambien. Buscamos, en suma, los medios y el modo que impidan que esta época difícil de vivir se convierta, irremediablemente, en un tiempo que nos disuada de pensar.

En las actuales condiciones del país, la enseñanza impartida en las catacumbas no es índice, apenas, de nuestra fortaleza. También lo es de nuestra precariedad. Quienes estamos en ellas sabemos qué serios son los obstáculos creados —muy a su pesar— por el propio alumnado y no sólo por quienes impugnan nuestras enseñanzas. La muchachada carece, casi completamente, de experiencia cívica. El grado de desinformación política es alarmante.